

BLANCANIEVE

FOR
ROMILDA POGGIO DE MENDIÓR

tela



S. 100
S. 725

BLANCANIEVE

EN PRENSA:

“ALADINO”, adaptación escénica.



21045
851-
ROMILDA POGGIO DE MENDIOROZ

BLANCANIEVE

ADAPTACION ESCENICA
— EN TRES ACTOS —



EDITORIAL TOR

Río de Janeiro 760
BUENOS AIRES

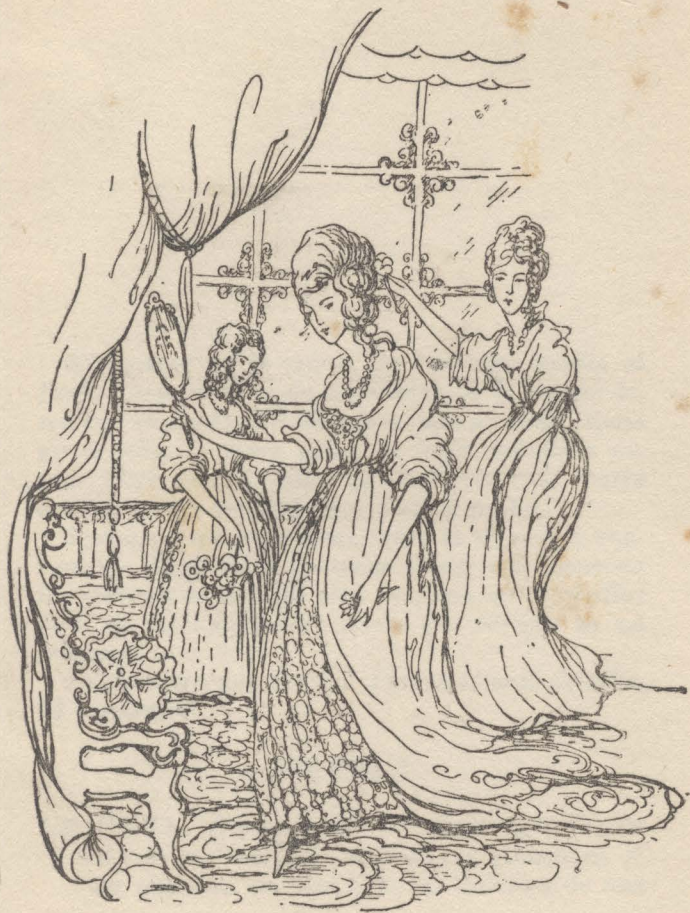
BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

(28)
120X180

Queda hecho el depósito que
marca la ley.

Esta obra fué escrita para los alumnos de la Escuela Graduada "Joaquín V. González" de la Universidad Nacional de La Plata y representada por primera vez en el Teatro Argentino de aquella ciudad en el año 1927.

ACTO PRIMERO



El tocador de la reina. Un ventanal amplio al fondo. Aspecto real de los muros. A la izquierda, sentada en un escabel dorado y ante un gran espejo guarnecido, la reina peina su larga cabellera negra. Viste amplia falda de crujiente seda, busto ceñido, encaje en los brazos y en el pecho.

Varias damas se deslizan sobre la alfombra, suavemente, llevando y trayendo cosas; una acomoda los pliegues de la cola; otra perfuma un cofrecillo; otra, de rodillas, separa flores que arregla en un alto vaso.

Sillón sobre una tarima. Puerta lateral derecha. Id izquierda.

ESCENA I

LA REINA. (*Presuntuosa*). — ¡Como la noche oscura es mi cabellera undosa...! ¡Como en el mar tiemblan las olas bajo las tinieblas de una

noche sin estrellas, así ondulan las ondas de mi cabello...! Oscuridad y noche hay en mi cabellera... pero, mi rostro es bello y resplandeciente como la luz del día..., todas las estrellas se han refugiado en mis ojos y las semillitas de las granadas envidian la púrpura viva de mis labios. (*Volviéndose, desdeñosa*). Dime, Lisa, ¿has encontrado entre tus flores algún rojo malvón que iguale a mis labios...? ¡Alcanza!

LISA. (*Haciendo una gran reverencia, muestra apenas el pie diminuto e, inclinando la elegante cabeza*). — ¡Oh!, aún no ha nacido, Majestad, la flor que pueda compararse con vuestra belleza. (*Sonrisa de aprobación y suspiro de alivio en las damas*).

LA REINA. — Estoy cansada; estoy aburrida... Ponedme mis pulseras, mis collares. Tú canta, Seila.

(*Se oye un arpa y una dama canta la "Chanson Russe" de Vieux-temps. Luego de los primeros compases, interrumpe la reina con desprecio*).

LA REINA. — No me distraes, vete. (*Humillada la dama se aleja*). Zedora, (*a otra dama*). No, ese encaje no, otro... presto. (*Mirando a su alrededor*). ¿Y Clive?... (*Descubriéndolo y viéndolo acercarse*). Tus cantos apaciguan las tormentas de mi corazón. Canta, Clive...

(El bardo se adelanta, hace una profunda reverencia y echado al pie del escabel entona una canción):

EL BARDO. *(Cantando con un laúd, que puede sonar desde las bambalinas):*

Los ruiseñores cantan en el hondo follaje
y la luna derrama celeste claridad.
En lo alto de la torre destaca su blancura
la princesita buena que el rey hizo encerrar.
Le cuenta a las estrellas las cuitas de su alma
y en medio de la calma de la noche estival,
se dilata su canto en hondas impalpables
del más fino cristal...

(Los últimos dos versos se escucharán mezclados con voces rumorosas de niños que juegan. Los actores en escena quedan en silencio, escuchando. Debe flotar en el ambiente una sensación de angustia, ante la irrupción de aquellas voces que ponen un gesto de marcada contrariedad en la cara de la reina).

1ª VOZ. — Blancanieve, ven. Así, dame la mano...

2ª VOZ. — ¿Hagamos la ronda?

3ª VOZ. — Dejadme a mí...

4ª VOZ. — No, a mí...

CORO. (*Cantan con la tonada de "Mambrú se fué a la guerra"*).

En caja de terciopelo,
qué dolor, qué dolor, qué pelo...
en caja de terciopelo
con tapa de cristal,
do, re, mí,
do, re, fa,
en caja de terciopelo,
con tapa de cristal.

REY. — ¡Bravo, bravo!...

(*Aplausos, risas, vivas de los niños, sobresaliendo entre ellas, las incitaciones al bullicio y a la alegría de la voz timbrada y varonil del rey. En escena, la angustia ha ido creciendo. La reina, al escuchar la voz del rey se ha puesto de pie, sin ocultar su enojo*).

REY. — Blancanieve, tesoro mío, tengo que despedirme de ti. Debes portarte bien, debes ser juiciosa y muy buenita. ¡Adiós, hasta mi vuelta hija mía!

(*Se oyen adioses infantiles y todas las voces y las risas se alejan hasta volver al silencio*).

LA REINA. (*Que al tiempo que el rey ha hablado ha estado manifestando desagrado y encono visibles*). ¿Qué escándalo de risas es ese? ¿Qué hacen en mi pabellón esos chicuelos? ¡Que se callen! (*Esto deberá decirlo al tiempo que las voces comenzaban a saludar al rey y a alejarse*). ¡Y el rey como un niño con ella! ¡Ya verá, ya verá! Está de viaje el rey y olvida sus reinos y sus dominios por esa chica necia. (*Recostándose en el canapé, con gesto autoritario al bardo*). Clive, ¿por qué no cantas?

(*El bardo retoma la canción, pero la reina no repara en él, ni le escucha porque sigue disgustada. El cantor hace una profunda genuflexión y se retira al ventanal*).

LA REINA. (*Monologando*). — ¡Los correteos incessantes por las galerías del palacio, esas risas que rompen mis oídos y acaban mi paciencia! (*Dirigiéndose a una dama*). Fedora, alcanza rápido mi espejo. (*Fedora lo alcanza. La reina mírase con coquetería*). Y el rey pasa las horas correteando tras esa niña incómoda!... ¡No importa! Mi belleza es soberbia y única en el universo. (*Luego con un gesto que denota preocupación*). ¿Por qué sube a las almenas y trepa las altas escaleras para atrapar al lebrelo que huye de ella o a la mariposa que persigue? Ayer el rey estaba embelesado oyendo a esa chiquilla necia cantar

un canto bobo que me crispaba los nervios. (*Volviendo a mirarse en el espejo*). ¡Oh, y cómo brillan mis ojos! ¡El fulgor de los diamantes es pálido ante el brillo de mis ojos!

(*Entretanto ha venido Fedora y con mimos y reverencias ha prendido una flor enorme y roja sobre la cabellera de la reina*).

ESCENA II

(*Por la lateral, dos pajecillos entran haciendo gran reverencia, recogen el pesado cortinado que separa la cámara; otro paje con gran ceremonia penetra trayendo un cofre en las manos extendidas*).

UNA DAMA. — Su Majestad el rey.

(*Penetra el rey inmediatamente después del paje. Gran reverencia de las damas que se dispondrán a los lados del estrado de la reina, formando cortejo. Inclinación leve de la reina, no más allá del protocolo*).

EL REY. — Vengo a despedirme de vos, ¡oh soberana mía! Parto a un largo viaje y dejo en tus manos discretas mi reino y mi corazón. Mis gue-

rreros vigilarán vuestro palacio y estos altos muros guardarán el tesoro de vuestra existencia. Dejo a tu guarda mi Blancanieve: vela por ella ¡oh reina! y que al volver os halle a tí como rosa lozana y a mi pequeña flor de dulzura llenando de luz tu palacio y mi vida. (*Gran reverencia mientras besa la mano de la reina. Haciendo seña al paje, que se acerca, toma el cofre*). Acepta este mi obsequio junto con mi despedida.

(*La reina se alza, el rey le da la mano y juntos avanzan a primer plano*).

LA REINA. — ¡Ve en paz! Seré guardadora fiel de tu reino y de tu dicha, rey y esposo mío.

(*El rey besa nuevamente la mano, hace una gran reverencia, que la reina contesta con una leve inclinación; las damas todas inclinadas en señal de mudo respeto. Sale el rey seguido de los pajes. Mientras afuera se oyen músicas marciales y gritos de ¡Viva el rey! en señal de despedida, la reina ha vuelto al estrado y las damas muy discretamente se reparten en el salón. De pronto la reina se incorpora y, llamando se pasea, nerviosa, como poseída de pérfida inspiración*).

LA REINA. — Clive, Lisa, Fedora: pronto, que esa

chiquilla vaya a la cocina, quiero que friegue los calderos, que se pierda entre las marmitas, que viva entre las gentes burdas y bajas como ella. Es necesario que el rey no la encuentre a cada instante en su camino y que no llene el palacio con sus gritos de pájaro! Y cuidado de que entre a las salas reales... y que no descanse... y que duerma sobre jergones de paja! ¡No faltaría más! Esa chiquilla revolviendo mi reino. (*Pausa*). Id y cumplid mis órdenes. (*Iracunda*). ¡Rápido, súbito, presto! ¡No quiero verla más!

(*Las damas y Clive se van*).

ESCENA III

(*La reina se tiende entre los almohadones del diván, recoge el espejo, se contempla y cambia su gesto adusto por uno de suma coquetería*).

LA REINA. (*Al espejo*). —

Maravillas de las maravillas:
Conjuro al sortilegio que en ti duerme
Por las hadas que me responden
Dí: quién es la más bella.

(*Se queda como en éxtasis mientras una voz lejana y dulce dice:*)

Reina, reina Marabella
¡Tú eres siempre la más bella!

Cuando las olas murmuran
agitándose en el mar
tu regio nombre pronuncian
reina del hondo mirar.

Reina, reina Marabella
Tú eres siempre la más bella.

Cuando las rosas perfuman
ardientes en el rosal
frescura y seda derraman
cual tus mejillas sin par.

Y son tus labios de fuego,
y tus ojos, sin igual,
y vierten a un tiempo mismo
mieles de un mismo panal.

Reina, reina Marabella
tú eres siempre la más bella.

*(La reina sonríe satisfecha y orgullosa.
Se recuesta).*

ESCENA IV

(*Irrumpe en la sala, por la derecha, una chicuela de rizos de oro con un zapatito blanco puesto y otro pie en media solo; el traje de tul pomposo, desgarrado; corre asustada, busca refugio, llora. Al ver a la reina retrocede. Llegan las damas agitadas.*)

DAMA FEDORA. — ¡Bribona! ¡Bribona! (*A la reina, con una reverencia*): Majestad, se ha escapado.

DAMA LISA. — ¡Ven aquí, ven aquí, yo te enseñaré a huir! (*Alcanzándola la aprieta por los hombros*).

BLANCANIEVE. — ¡Yo no hice nada! ¡Yo no hice nada! Han roto mi vestido, ¿por qué? Me han arrancado de mi cuarto. (*La arrastran entre ambas*). ¡Yo no quiero ir, no quiero, no, no! (*Se desprende*). ¡Estábamos jugando tan bien!; ensayábamos la danza de la nieve y vinieron ellas, (*Las señala*) y echaron a mis amiguitas...; ¿por qué? (*Llorando*). Me han hecho perder mi zapatito...

LA REINA. (*Se incorpora furiosa*). — Llevadla, ¡no quiero verla! ¡No quiero verla! Que le arranquen ese traje y le pongan un lienzo de fregar, así dejará sus correrías y sus cantos que me fastidian y me enferman.

BLANCANIEVE. — ¡Reina, reina! ¡Yo no he he-

cho nada, nada! ¡Por qué me empujan?, ¡dónde me llevan? (*Llamando desesperada*). Papá, papá, papito querido! (*Las damas la arrastran, le tapan la boca, la llevan con violencia por lateral izquierda*).

ESCENA V

LA REINA. (*Con ironía*). — ¡Papá! ¡Papá! (*Con resolución*). El rey, su padre, hará lo que yo quiera. Ante la realeza de mis órdenes tendrá que humillarse, ante el poder de mi belleza tendrá que sucumbir. (*Al espejo, con nuevos afa-nes de coquetería*). Espejo, dime otra vez que soy la más bella del mundo; sólo tu voz ensan-cha mi corazón, sólo ese regocijo íntimo llena de luz mi vida.

Maravilla de las maravillas,
Conjuro al sortilegio que en ti duerme
Por las hadas que me responden
Di: ¿quién es la más bella?

(*Se queda en éxtasis esperando*).

EL ESPEJO. (*Búsquese el mismo efecto que antes*).

Marabella, Marabella,
¡ya no eres la más bella!

Otra rosa hay, más temprana
y más pura, soberana.

Su belleza dulce y buena
se prodiga
como el oro en los trigales
y la rosa en los rosales.

Marabella, Marabella
ya no eres la más bella.

Es su carne nieve y seda;
brilla el oro en su cabello
y sobre su rostro bello
brilla el alma.

Marabella, Marabella...
Otra rosa hay, más temprana,
¡soberana, soberana!

LA REINA. (*Sorprendida y furiosa*). — ¡Qué dices? ¡Qué dices? ¡Oh, qué horror! Falso es eso, el espejo miente. ¡Cómo hiere mis oídos tu voz antes dulce! ¡Qué extrañamente suena a hueco tu voz dentro de mí...! ¡No, no puede ser...! (*Viene al primer plano. Apremiante al espejo*).

Maravilla de las maravillas
Conjuro al sortilegio que en ti duerme;

Por las hadas que me responden
Dí: ¿quién es la más bella?

(Aguarda con rostro severo la respuesta).

EL ESPEJO. —

Es Blancanieve, Marabella,
la más buena, la más pura, la más bella!

LA REINA. *(Retrocede anonadada)*. — Blanca-
nieve! *(Con un grito de horror)*. Blancanieve!
¡Oh, no, traidor, soy yo, soy yo! Hipócrita,
falso, traidor!

*(Al decir esto arroja al suelo el espejo,
que se rompe en pedazos y cada pedazo
produce una voz dulce y lejana, del efec-
to conocido, que repiten).*

LAS VOCES. —

¡Es Blancanieve, Marabella!
¡Es Blancanieve la más bella,
la más pura, la más buena, la más bella!

ESCENA VI

*(Se oye un fragor y las voces cesan como por
encanto. Surge de la tierra, cubierta de harapos*

una vieja bruja con una lechuza en el hombro y una escoba en la mano).

LA BRUJA. (*Sentenciosa*). — ¡Qué has hecho, Marabella? Has roto el espejo maravilla de las maravillas. (*Pausa. La reina llora. La bruja se sonríe maléfica y se acerca protectora*). Reina, reina, vuelve de tu ira, seca tu llanto! ¡Qué pasa? ¡Qué hay? Sabes que yo soy tu aliada, que tu alma me pertenece y que mi poder es mucho. Dime y te ayudaré. (*La reina sigue con sollozos histéricos. La bruja camina, alza de pronto un trozo de espejo y al tocarlo su voz dulce repite*):

LA VOZ DEL ESPEJO. —

Es Blancanieve la más bella,
la más buena, la más pura, la más bella...!

(*La bruja larga una carcajada*).

LA BRUJA. — ¡Oh tonta! Yo te ayudaré. ¡A qué tanto gemir? ¡Lloras por eso? La noche y la muerte son mis compañeras; soy poderosa y todo lo hundo en la sombra y en el olvido. (*Con decisión*). Llama a Blancanieve.

ESCENA VII

(La reina enjuga sus ojos, se reporta, golpea las manos, tira de los cordones llamando. Las damas entran y se inclinan).

LAS DAMAS. — ¡Majestad!

LA REINA. *(Con recobrado gesto imperativo).* —
Que venga Blancanieve, pronto, pronto.

(Salen las damas).

ESCENA VIII

LA BRUJA. — ¡Verás, Marabella! Se quedará dormida y podrás hacer con ella lo que quieras.

(Toma un vaso del tocador, le pone agua de una jarra, le echa unos polvos unciosamente y hace signos cabalísticos con la mano. La reina observa atentamente la escena y se calma poco a poco, mientras su gesto vuelve a iluminarse diabólico).

ESCENA IX

(Entra Blancanieve: está descalza, desmechada y con tizne en el rostro y en las manos; su rostro traducirá una expresión de infinita tristeza).

LA REINA. (*Con rabia e ironía*). — ¡Aquí está la bella! Esta criatura deleznable es la más bella, la que quiere robarme mi dominio...! (*A las damas que trajeron a Blancanieve*). Retiraos.

LAS DAMAS. (*Sumisas*). — Majestad. (*Gran reverencia y salen*).

ESCENA X

(*Blancanieve mira con recelo a todos lados*).

BLANCANIEVE. (*Descubriendo a la bruja*). — ¡Oh!

(*La bruja se acerca, la toma del brazo y la arrastra a primer plano. La reina la secunda, y aun cuando la niña se resiste, entre las dos la obligan a beber el brebaje. Blancanieve bebe y comienza a denotar signos de enajenación; luego dobla lentamente las rodillas, gira la cabeza, y cae al suelo profundamente dormida. La bruja y la reina cambian frente al cuerpo de la niña sonrisas de inteligencia. La bruja hace un gesto grotesco y desaparece. La reina se cerciora nuevamente de que Blancanieve duerme*).

ESCENA XI

LA REINA. (*Llamando autoritaria*). — Fedora.

DAMA FEDORA. (*Entrando, haciendo reverencias*). — Majestad.

LA REINA. — Llama a Brunetto, rápido. (*A la dama Fedora que viendo a la niña en el suelo retrocede sobrecogida de espanto*). ¡Qué esperas? Vé, torpe, pronto a cumplir mi orden si no quieres pagar con tu vida tu desobediencia.

(*Fedora hace una reverencia y sale*)

ESCENA XII

(*La reina se pasea restregándose las manos gustando sus malignos pensamientos. Vuelve Fedora, acompañada de un cazador alto, de rostro barbado, sombrero de larga pluma, armas al cinto y fusil terciado a la espalda*).

DAMA FEDORA. — Majestad, he aquí a Brunetto.

BRUNETTO. (*Haciendo una gran reverencia, inclinando el cuerpo, arrastra por el suelo la gran pluma de su sombrero*). — ¡Oh hermosa reina mía...! (*Al reparar en Blancanieve, corre ins-*

tintivamente a levantarla. La reina se lo impide con un gesto e interponiéndose). ¡Majestad...!

LA REINA. — ¡Deja!

BRUNETTO. (*Mirando a la niña*). — Si vos lo mandáis.

LA REINA. — Brunetto, tu cartuchera sabe cuántas aves han caído en el bosque bajo tu plomo listo; tu cinto sabe cuántas fieras ha herido de muerte tu puñal. Lleva a esta niña al bosque... quiero que me traigas su corazón, caliente y vivo aún...

BRUNETTO. (*Horrorizado*). — ¡Oh soberana, hermosa reina mía, a ella..., ella... Ordenadme si gustáis que abra mi pecho y os dé mi corazón palpitante aún entre mis manos, pero Blancanieve... (*Se cubre los ojos con la mano como procurando alejar una visión trágica. Acercándose al primer plano*). Cuando la luz de la aurora empieza a teñir de rosa el alto campanario, Blancanieve corre tras las mariposas del prado, solita, escapada de su jaula como pájaro que sale a beber el rocío. Blancanieve!, yo la conozco, señora... Cuando juega con mis hijos y las palomas picotean en el cuenco de sus manecitas, la vida tiene razón de ser, la mañana se explica, es más puro el cielo, más bello el prado, y... Majestad, queréis que la mate, ¡señora!

LA REINA. (*Que daba muestras crecientes de im-*

paciencia a medida que habla Brunetto). —
¡Callad! ¿Quién se atreve a discutir mis órdenes? Basta ya, id ligero y antes que el sol asome de nuevo su enrojecida cara tras las primeras montañas, antes que broten en el bosque los rumores del amanecer, traedme su corazón vivo y caliente aún... (*Dura y sentenciosa, con el índice inquisidor marcando las palabras*). Si no lo haces, el mismo sol bañará con sus últimos rayos rojos la sangre de tus hijos. Elije...

(Brunetto, moviéndose pesadamente, abrumado, levanta suavemente el cuerpo de Blancanieve y lo carga. Hace una reverencia de muy mala gana y sale).

ESCENA XIII

(La reina compone su tocado. Se pasea satisfecha. Recoge del suelo un pedazo de espejo y mirándolo con desprecio parece inquirirlo).

LA VOZ DEL ESPEJO. —

Blancanieve es la más bella,
la más pura, la más buena, la más bella...!

(La reina lanza una carcajada insultante y arroja despreciativa el trozo de espejo a un rincón de la sala).

(El telón ha ido bajando lentamente).

ACTO SEGUNDO



PRIMER CUADRO

Bosque añoso y tupido. A la izquierda una casita cuya ventana de pequeñas dimensiones y puerta, dan a escena. A la derecha un árbol grande en cuyo troco se inicia la entrada de una cueva; hongos grandes. Es el amanecer. Los pájaros cantan. Sueña la música de "El amanecer". Varias ninfas danzan entre los árboles, significando la alegoría del bosque y del despertar del día.

Al levantarse el telón, Blancanieve aparece reposando en un lecho de hierbas, hojas secas y flores.

ESCENA I

BLANCANIEVE. *(Incorporándose con los últimos acordes de la música. Se restriega los ojitos, se despereza discreta y elegantemente para dar la sensación de volver de un largo sueño.*

— ¡Oh, qué lindo, qué de pájaros, qué música divina...! (*Pausa. Con inquietud*). Pero... ¿dónde estoy? ¡Papá! ¡Papito!... (*Nadie responde*). Estoy sola en este bosque... (*Como recordando*). ¡Ah sí!... ¡Brunetto, Brunetto! (*Corre hacia todos lados desconcertada. Haciendo portavoz con las manos vuelve a llamar*). ¡Brunetto...! ¡Oh, se ha ido y me ha dejado sola!... ¿Qué es esto? Un hongo. ¡Qué grande! ¡y una cueva! ¡qué honda! (*Asomándose. Descubriendo con su mirada cada cosa y dirigiéndose a ella para satisfacer su curiosidad*). ¡Qué flor más linda! Es una margarita silvestre. (*La arranca. Pensativa*). Pero... Brunetto se ha vuelto malo, malo; me ha abandonado sola y se ha ido; él no tiene miedo en el bosque y anda siempre con sus halcones por aquí, no tiene miedo a los ciervos, pero yo sí... (*Sigue cavilando*). ¿Por qué mató a ese cabrito, Brunetto que es tan bueno?... ¡Y cómo lo mató! Yo vi que le hundió el puñal en la nuca, y sobre el pelo, que era como espuma de leche, corría, y teñíale de rojo la sangre... y el bée... bée... tan triste. ¡Ay! yo no podía oírle... (*Decidida*). Sí, se ha vuelto malo Brunetto. Después ha partido el cabrito en dos y como creía que yo no le veía, le arrancó el corazón... ¡Ah! sí... Yo veía, oía, pero no podía moverme... me dolían las piernas y sentía mucho sueño... Le arrancó el corazón, ¡yo lo ví! Y lo alzó...

caían gotas pesadas que parecían flores extrañas sobre la hierba... (*Cesando en su monólogo un instante, pasea su mirada en derredor*). Ya es la hora en que el sol descubre todas las flores que hay en la tierra... ¡Tengo un hambre! ¡Y una sed! (*Camina, arranca unas flores; desfallece y se echa sobre el césped. Apoyando su cabecita sobre las manos vuelve a monologar*). Sí, Brunetto se hizo malo y el diablo se lo va a llevar... ¡Pobre Brunetto! (*Se incorpora de nuevo*). ¡Qué hambre! ¡Qué sed, qué sueño tengo! (*Ve la casita*). ¡Qué linda casita, qué rica, qué chiquita; y tiene una escalerita que parece de juguete! Me sentaré aquí y llamaré. (*Llamando*). ¡Buena gente, abridme, por favor! ¡Dejadme entrar a dormir, abridme! (*Toca la puerta y nota que está abierta*). ¡Oh, está abierta! (*Mirando hacia el interior*). Y hay unas cunitas, una... dos... tres... cuatro... cinco... seis... siete cunitas. Pero no, no son cunitas, son como mi cama... ¡Cuántos nenitos vivirán aquí?... Pero ¡qué raro, todo tan diminuto y esta flor es tan grande como esas copas que brillan. Y está la mesa tendida... ¡Uy, qué sueño y qué sed!... (*Se restriega los ojos*). ¡Cómo brillan las copas..., si son cálices de lirios y tiembla el agua dentro de ellos como brillantes líquidos... y nadie contesta, no hay nadie... probaré de tomar un poquito de agua... nadie me verá y ¡tengo

tanta sed! (*Blancanieve penetra cautelosamente en la casita y cierra la puerta tras ella*).

ESCENA II

Suenan los acordes de la "Marcha de los Enanos" de Grieg. Sale por la cueva del árbol primero uno, después otro y otro, hasta siete enanitos, vestidos de colores vivos, larga barba blanca, portadores de linterna uno, palas, picos, baldecitos etc., otros. Dejan cada uno su carga de piedrecitas de colores, que simularán rubíes, esmeraldas, zafiros, topacios y otras piedras preciosas. Bailan luego una danza simbólica y ritual alrededor de sus tesoros. Terminada la danza los enanos se distraen arreglando sus cosas, pero uno en forma visible como para que el público lo siga, se sorprende con mil aspavientos ante sucesivos descubrimientos que irá haciendo en el hongo, la escalera de la casita, las hierbas y las flores del lugar donde estuvo recostada Blancanieve. Luego viene a primer plano y convoca con sus gestos a los demás enanos y les habla sin ocultar su recelo.

ENANO 1º — ¡Venid, escuchad! Ese hongo que la humedad hizo brotar, tiene en su terciopelo las huellas de una mano... pero de una mano grande... una mano enorme... de una mano humana. ¿Cómo puede ser?

TODOS. (*Se agitan y dan saltitos*). — ¡Oh, oh!

ENANO 2°. — Yo había notado en el aire una sensación de movimiento, como si este rincón siempre tan quieto y umbrío del bosque, hubiera sido estremecido por la presencia de un ser extraño...

TODOS. — ¡Oh, oh! (*Se distribuyen procurando hacer nuevos descubrimientos*).

ENANO 3°. (*Dando un gritito de asombro*). — Estas ramas han sido tronchadas y las hojas tan tiernas y suaves han sido oprimidas. Aquí ha quedado la huella de un cuerpo humano.

ENANO 4°. — Tenemos que tener mucho cuidado, solo mal nos puede venir de los hombres! Escondamos los tesoros que el seno de la tierra guarda para nosotros! **

TODOS. — ¡Sí, sí, escondamos nuestros tesoros!

ENANO 5°. (*Que había entrado en la casita, asomándose a la puerta con Blancanieve de la mano. Desde el escalón más alto*). — Compañeros, mirad: ¡maravilla, milagro!... (*Exhibiendo a Blancanieve*).

TODOS. — ¡Oh! (*Se acercan. El enano trae a Blancanieve a primer plano*).

ENANO 6°. — ¡Qué hermosa es! La nieve en sus capullos puros, los lirios en su transparencia de nácar, las nubes en su candor lechoso, no pueden compararse con su piel...

ENANO 7°. (*Luego de observarla, dirigiéndose a sus compañeros*). — Sus ojos parecen esos

retazos de cielo que vemos deslumbrados cuando cesan las lluvias de primavera. Y tiene la mirada límpida de las gacelas.

ENANO 1º — Romperé las venas de la tierra, allá en su secreto seno y los rubíes que arrancaré para ella no serán tan rojos como sus labios.

(En tanto los demás enanos han ido observando y acariciando a Blancanieve que, poco a poco, se ha abandonado a sus demostraciones, ha perdido el miedo y los temblores que debe acusar en el primer instante).

ENANO 2º — Cuéntanos, ¿qué haces aquí?

BLANCANIEVE. — Yo tenía miedo, mucho miedo... llamé repetidas veces a esa casita y como nadie salió, abrí la puerta... no, yo no, se abrió sola...

ENANO 3º — Sí, esplendor matinal, nada temas... es tuya nuestra casa, tuyos serán nuestros cuidados y nuestra ternura; eres reconfortante, eres buena como un rayo de sol para nosotros...

ENANO 4º — ¿Cómo te llamas? ¿Cómo llegaste hasta aquí?

BLANCANIEVE. — Me llamo Blancanieve, y estoy perdida en este bosque.

TODOS. *(Murmuran mirándose unos a otros)*. — Blancanieve y está perdida en el bosque.

BLANCANIEVE. *(Continuando)*. — Me trajo

anoche Brunetto, cuando la luna bañaba con su blanca claridad el pinar y la sombra de las hojas temblaba como un encaje movedizo sobre las gramillas.

ENANO 5°. — Nosotros siempre tememos a los hombres. Ese Brunetto debe ser un hombre malo

BLANCANIEVE. — Me apretaba fuerte contra su pecho, de una manera rara. A mí me dolía el cuerpo... y veía y oía como a través de un velo... Arrastraba un cabrito y lo mató. Lo mató cuando yo dormía; le arrancó el corazón y lo alzó bajo la luna: caían gotas pesadas de sangre que se quedaron temblando sobre la hierba como flores extrañas. (*Al ir contando se estremece y termina llorando*).

LOS ENANOS. (*Dando saltitos a su alrededor*).
— Oh! Oh!

ENANO 6°. — No llores, nosotros te cuidaremos, te mimaremos y te querremos mucho si te quedas con nosotros.

BLANCANIEVE. — Estaba triste, estaba perdida, pero ahora estoy contenta y ya no siento miedo, pues que estoy con ustedes. Y es tan lindo el bosque, hay tantas flores, pájaros, hongos y guijarros tan raros. (*Reparando en las piedras preciosas*) Qué maravilla, qué belleza!

ENANO 7°. — Son tuyas Blancanieve. Quédate con nosotros y todos nuestros tesoros serán para ti.

TODOS. (*Dando saltitos*). — Sí, quédate con nosotros.

BLANCANIEVE. — Puesto que la reina, mi madrastra, no me quería...

TODOS. (*Repiten mirándose unos a otros*). — La reina su madrastra no la quiere.

BLANCANIEVE. (*Continuando*). — ... y en la cocina los pinches se mofan de mí y hasta Brunetto, que era bueno conmigo, me ha abandonado en el bosque...

TODOS. (*Dando saltitos cada vez más contentos*). — Quédate con nosotros, quédate con nosotros...

BLANCANIEVE. (*Asintiendo*). — Bueno, me quedaré... Cuidaré de vuestra casita y os haré comiditas muy ricas...

ENANO 1º. — Haremos una camita muy linda para tí...

ENANO 2º. — Y serás muy feliz...

BLANCANIEVE. — Sí, ya no lloraré más...

ENANO 3º. — Bailemos, cantemos para Blancanieve, la estrella matinal que las hadas nos encomiendan...

TODOS. — Bailemos, cantemos...

ENANO 4º. — Brindémosle nuestra alegría y nuestra devoción...

TODOS. (*Cantando y bailando con música adaptada*):

Blancanieve, Blancanieve,
Nuestra reina tu serás,

Vas a ver cuánta dulzura,
Cuánta calma, cuánta dicha,
Qué feliz aquí serás!

Ni la misma reina mala,
Encontrarte podrá yá,
No suspires, ni te quejes,
Que ya nunca has de sufrir.
Canta bella Blancanieve,
Nuestra hada tú serás,
Canta bella Blancanieve,
Nuestra reina tú serás...

(Va cayendo el telón).





SEGUNDO CUADRO

ESCENA III

(*La misma decoración*).

Sale Blancanieve. Viste de organdí rosa, imitando pétalos de flor):

BLANCANIEVE. — Este traje de pétalos de peonías que Blick fué a buscar al borde de las montañas para mí y de pétalos de nenúfares que Black trajo de las tranquilas aguas del estanque, son un regalo más de mis queridos enanitos...

ENANO 1º. (*Sale de la casita*). — Nos vamos Blancanieve, ya es hora de bajar al seno de la tierra a reencender los hornos que alimentan las montañas. Si no lo hacemos así, abrirán su boca los volcanes enfurecidos...

BLANCANIEVE. — Id en paz, yo os aguardaré como siempre.

ENANO 2º. — Ten cuidado Blancanieve; acuérdate de aquella mujer de blancos cabellos que oprimió tu cuerpo y desesperábamos de poder salvarte...

ENANO 3º. — Y que te hizo morder aquella manzana envenenada...

ENANO 4º. — Y te salvamos, y te salvamos...

ENANO 5º. — Ten cuidado, Blancanieve...

TODOS. — Ten cuidado! Hasta luego, hasta luego...

(Se van uno a uno haciendo la recomendación y, desaparecen por la cueva del árbol).

BLANCANIEVE. — Hasta luego!... *(A todos los despide cariñosamente).*

ESCENA IV

BLANCANIEVE. — Oigo ramas que crujen, alguien llega...

(Aparece una vendedora ambulante, con un cesto colgado al cuello. Largas trenzas negras. Se dirige a Blancanieve).

(Algo debe denunciar que se trata de la reina disfrazada, pero, muy discretamente).

LA REINA. — Hermosa niña... (*Zalamera*) Hermosa flor... quieres comprarme esta peineta que puesta en tu cabello te concederá todo lo que pidas?...

BLANCANIEVE. (*Tímida y recelosa quiere acercarse a la entrada de la cueva*). — Señora, yo...

LA REINA. (*Impidiéndole que se vaya*). — No temas, no te haré daño. Supe que estabas aquí porque los pájaros te nombran, las aguas te llaman y las gramillas al pasar el viento repiten tu nombre... (*Aparte*). Pero ya te olvidarán. Mira, toma la peineta, nada temas...

BLANCANIEVE. — Y es hermosa! Cómo brilla!...

LA REINA. (*Decidida*). — Deja que te adorne con ella. (*Se la hunde en el pelo*).

BLANCANIEVE. (*Hace un gesto de dolor*). — ¡Ay! Amiguitos, amiguitos, Black, Blick...

LA REINA. (*Conteniéndola*). — Aguarda, aguarda...

BLANCANIEVE. (*Desfalleciente*). — Black, Blick, Till... (*Cae dormida*).

LA REINA. (*Contemplándola y convenciéndose de que está inanimada*). — Nada te salvará de este sueño eterno...!

(*Se oyen ruidos en la cueva. Son los enanos que han oído el llamado y acuden a defender a la niña. La reina repara en los ruidos y huye hacia el bosque*).

ESCENA V.

ENANO 1º. (*Saliendo de la cueva del árbol*). —
¿Qué pasa Blancanieve?... (*Se acerca, le le-
vanta una mano y la deja caer inerte*). Des-
pierta, despierta...

(*Los enanos van saliendo del árbol y,
uno por uno se acercan a Blancanieve, la
observan, la auscultan, la mueven suave-
mente*).

ENANO 2º. — Se ha muerto... se ha muerto!

ENANO 3º. — Como un fugaz rayo viviente fuiste
en nuestra vida!

ENANO 4º — Era demasiado bello tenerte entre
nosotros!

(*Todos lloran*).

ENANO 1º. — Juntemos flores.

ENANO 2º. — Hagámosle un lecho de pieles y de
pétalos.

(*Juntan flores, otro trae una piel. Aco-
modan a Blancanieve lo mejor que pue-
den*).

ENANO 3º. — Esplendor matinal, ya no despierta-
rás...

ENANO 4º. — Rocío de la aurora, fresca como una perla y buena y alegre como la luz del sol...

ENANO 1º. — Amigos, cae la tarde y avanza la hora. Debemos bajar al seno de la tierra... Vamos...

TODOS. (*Recogiendo sus picos, baldes, azadas*). — Te vengaremos, Blancanieve, te vengaremos... Vamos, vamos...

ENANO 1º. (*Va a la casita y vuelve con una maceta llena de flores. La deposita al lado de Blancanieve. La mira, besa su mano*). — Los pájaros se acurrucan en las ramas piando; cómo se estremecen las copas con la amante carga! ¡Cómo buscan su nido!

(*Llora.*)

ENANO 2º (*Alza su pico, su farol. Se acerca a la niña, se arrodilla y le besa la mano y se va enjugándose las lágrimas*).

(*En la escena debe producirse cambio de luces: es el crepúsculo. Cantan los pájaros en los árboles despidiendo al día. De pronto se oyen ladridos de perros, que cada vez se hacen más cercanos*).

ESCENA VI

(*Entra en escena un pajecillo que es arrastrado materialmente por dos lebreles sujetos a sendas cadenas. Inmediatamente el Príncipe*).

(*El príncipe descubre a Blancanieve; se acerca, la contempla extasiado, haciendo mil aspavientos ante su belleza*).

PRINCIPE. — Un secreto instinto me guiaba hasta aquí, pero no pude soñar que encontraría tanta belleza como la de esta niña. Qué hace aquí, sobre estas pieles, en medio del bosque, sola, dormida?... (*Dirigiéndose a Blancanieve*). Visión de ensueño, criatura celestial, despierta..., abre tus ojos y este bosque se llenará de luz... y la noche que avanza retrocederá asombrada... (*Se acerca más aún, se postra, levanta una mano de Blancanieve que al abandonarla cae inermemente. El Príncipe mira a sus pajes que se acercan sospechando la presencia de la muerte*).

LOS PAJES. (*Condolidos*). — ¡Está muerta!

PRINCIPE. — La luna se encontrará con una blancacura ante la cual la suya desmerece; el primer rayo, que ya empieza a asomar, soñará haber caído en la espuma de donde nacen las perlas o en un campo de lirios... Sus cabellos... (*Hace ademán de pasar su mano por la cabellera y tiene un gesto de sorpresa y asombro*). ¡Oh! qué es esto? Una peineta hundida en la sien (*La arranca con presteza y alzándola hasta sus ojos la observa*). ¡Gotas de sangre hay en sus afilados diente-cillos! ¡Agua, agua, mis pajes, traed agua, presto!

(Los pajes van corriendo y vuelven trayendo agua en el cuenco de sus manos. El príncipe moja su pañuelo de encaje y enjuga la frente de la infortunada Blancanieve. Leve movimiento de la niña. El príncipe y los dos pajes cambian miradas de inteligencia. Blancanieve abre los ojos).

PRINCIPE. — ¿Estáis mejor?...

BLANCANIEVE. (*Se sienta y se restriega los ojos*). — ¿Dónde estoy? ¿Quién eres? ¿Dónde están los enanitos... (*Se incorpora del todo, ayudada por el príncipe*). ¡Oh! estoy sola otra vez, sola de nuevo...

PRINCIPE. — Yo te protegeré... Pero, qué hacías dormida en este bosque?

BLANCANIEVE. (*Como recordando*). — Ah sí, la reina fué la que clavó la peineta en mi sien, la reconocí en el fondo de sus ojos, al mirarla...

PRINCIPE. — Deliras, hermosa niña, de qué reina hablas?...

BLANCANIEVE. (*Persuasiva*). — Mi madrastra es la reina de este país y no me quiere; me ha perdido en el bosque y ahora me engañó clavándome esta peineta emponzoñada... y ay! ahora he perdido a mis amiguitos...

PRINCIPE. — ¿Cómo te llamas?

BLANCANIEVE. — ¡Me llamo Blancanieve!

PRINCIPE. — Pues permíteme princesa Blancanie-

ve, niña llena de dulzura, yo te ayudaré a encontrar a tus amigos, pero antes déjame que te saque de este bosque. Ven a mi palacio. Has arrostrado las más duras pruebas, pero todo ha concluído. Te quiero más que cuanto hay en el mundo y no te cambiaría por todo lo que existe. Vamos al palacio de mi padre, que es un gran rey y allí te pediré que seas mi esposa.

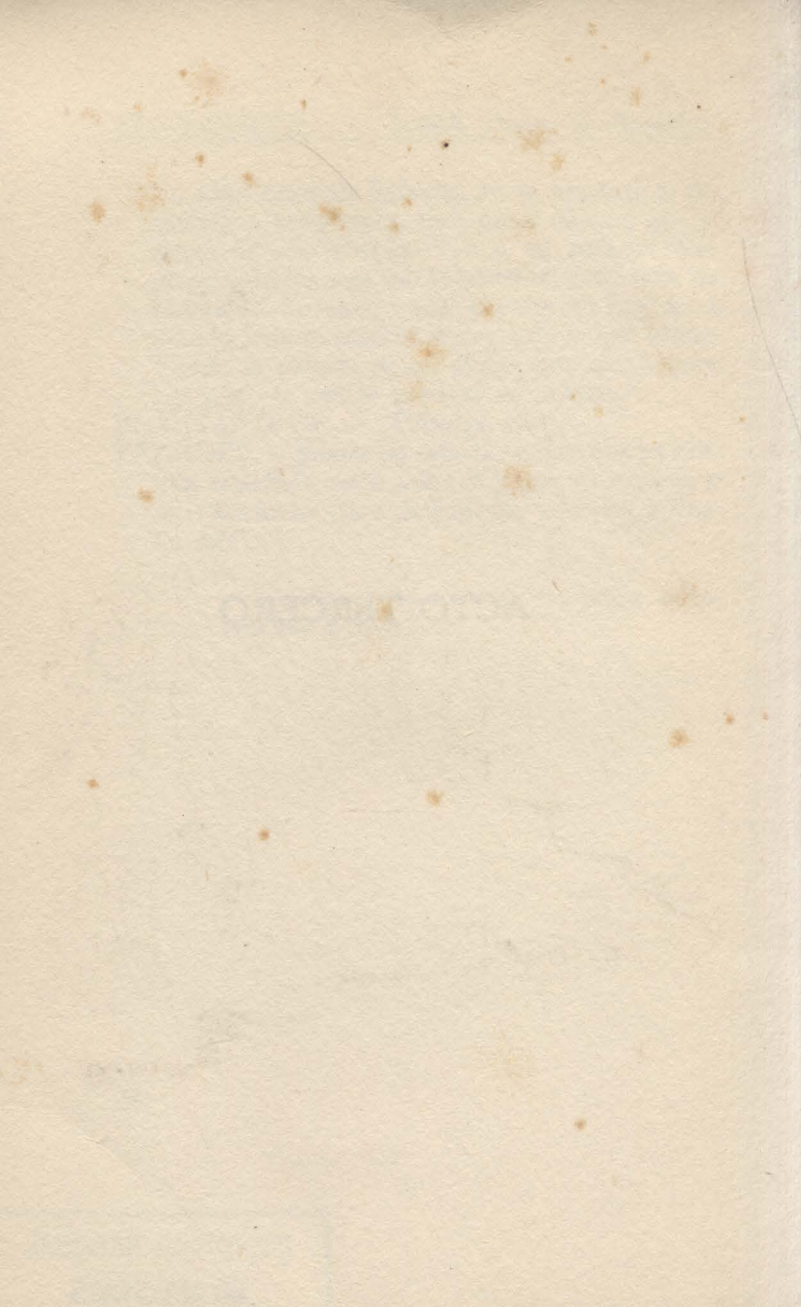
BLANCANIEVE. — ¡Príncipe mío!...

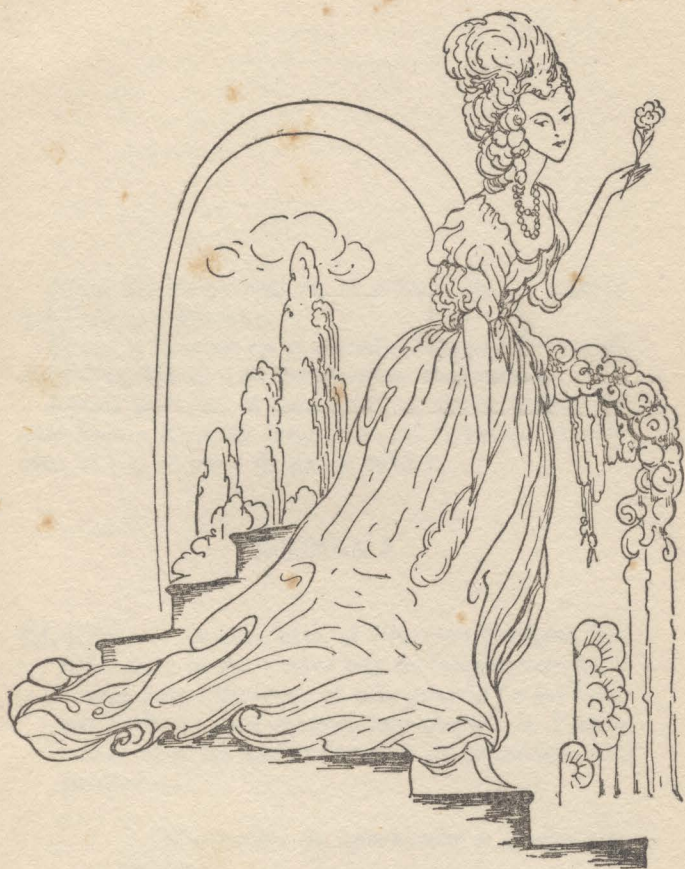
PRINCIPE. — Sobre mi espada te juro que ya ningún maleficio caerá sobre tí y que mi corazón y mi vida serán para defenderte, princesa y dueña mía!

(Se alejan seguidos de los pajes, mientras cae el telón).

ACTO TERCERO

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS





(Sala del trono real en el palacio de los padres del Príncipe Enrique.

El rey y la reina en el estrado. Damas, Coraceros, Guardias, Maestro de ceremonias, Bastoneros.

Varias parejas, al levantarse el telón, bailan un vals boston lleno de languidez. Al terminar la música, el rey se pone de pie y habla).

ESCENA I

EL REY. — Nuestro hijo, el Príncipe Enrique, heredero del trono, vuelve hoy de lejanas tierras, y traerá ante este trono el más grande de los tesoros hallados. Así mismo, hoy elegirá la futura reina, entre las nobles damas y las princesas aquí presentes.

(Murmillos de aprobación y gestos animados).

BASTONERO. (*Acercándose al rey, con gran reverencia*). — Majestad: el Rey Núcar, poderoso monarca del vecino país, ha llegado a la puerta de vuestro palacio, de paso para sus dominios y pide le permitáis descender para saludaros en vuestro trono.

EL REY. — Será bien recibido como lo demandan los gloriosos títulos que ostenta tan ilustre huésped.

(*Movimiento general de soldados, coraceros, guardias, etc. El maestro de ceremonias dispone a las damas formando cortejo. Se oyen ruidos de armas. Por puerta principal entra el Bastonero Mayor y anuncia con gran énfasis*).

BASTONERO. — Su Majestad el rey Núcar llega.

ESCENA II

(*Entra el rey con su séquito*).

EL REY. — Sed bien venidos a mi reino y a este que es vuestro palacio.

REY NUCAR. (*Con gallarda reverencia*. — De vuelta de un largo viaje, al que fuera en cruzada de honor y de conquista, no he querido pasar por vuestras tierras sin ofreceros mi afecto y la

lealtad hacia vos y vuestro pueblo, de mi gobierno y de mis súbditos. (*Se dan la mano en un efusivo ademán*). Después de cruzar los áridos desiertos y los frondosos bosques he querido recrearme en el oasis de un hogar... añoro tanto el mío...!

EL REY. — Estaréis en el regocijo de nuestro corazón; está por llegar nuestro hijo, el Príncipe Enrique, a quien en estos instantes aguardamos. Se han reunido aquí toda la nobleza de armas y de la corte y las hadas nos son propicias...
(*Bastonero Mayor, igual que antes*).

BASTONERO. — Su alteza Real el Príncipe heredero, viene hacia el trono.
(*Gran animación y movimiento. Se oyen pasos y ruidos de armas. Entra el príncipe Enrique*).

ESCENA III

PRINCIPE. (*Acercándose al trono, con reverencia, pero resueltamente*). — ¡Madre! (*Se abrazan*) (*Dirigiéndose al rey*). Soberano señor y padre mío... (*Se abrazan*).

EL REY. — Príncipe, hijo mío...

(*El príncipe Enrique se retira un paso del trono y con ademán protocolar hace*

un saludo reverente a toda la corte. Todos se inclinan respetuosamente: los sombreros de pluma barren la alfombra. Enrique se dirige entonces al rey).

PRINCIPE. — Majestad y padre mío: venía por el intrincado camino que se pierde en el corazón del bosque, llegábamos ya a vuestros dominios; era la hora en que la luna derrama su claridad plateada sobre las altas copas y las fieras ensayan los primeros pasos para aventurarse en la noche... cuando de pronto surge ante mis ojos la más bella visión jamás soñada por la imaginación de criatura alguna...: sobre unas pieles, una hermosa joven descansaba..., me acerqué..., dormía... Jamás vieron mis ojos belleza tanta y mi corazón quedó esclavo de su dulce hechizo. Al acariciar su cabellera, mis manos temblorosas tropezaron con una peineta hundida en su sien... brillaban gotas de sangre en sus dientes de nácar y como si obrara bajo la acción de un conjuro, la bella abrió los ojos: el cielo azul de la primavera no es más bello ni más azul que sus pupilas... Supe de sus labios que una reina, que es su madrastra la perdió en el bosque primero y la hirió con aquella peineta después, pero la Providencia la supo poner en mi camino, como premio a mis afanes y en honor de vuestra justicia... (*Hace una reverencia*).

EL REY. — ¡Y dónde está esa bella niña que así ha impresionado tu alma?

PRINCIPE. — Espera sólo vuestra autorización para llegarse a vuestra presencia. Acogedla, padre mío, os lo ruego y permitidme que os la anuncie como mi prometida...

EL REY. (*Mira a la reina que asiente con la cabeza*). — Sea, puesto que es tu voluntad, hijo...

(*Se oyen los acordes de la Marcha Nupcial de Mendelsohn. El Bastonero Mayor anuncia*).

BASTONERO. — La más bella de las princesas viene hacia aquí...

ESCENA IV

(*Entra Blancanieve, con atavíos de princesa y una pequeña diadema sobre sus bucles de oro. Gran expectativa, signos de admiración.*

El rey Núcar, al ver entrar a Blancanieve, se pasa la mano por los ojos, como no queriendo creer en lo que ven sus ojos).

REY NUCAR. — ¡Blancanieve, hijita mía...!

(*Blancanieve alza los ojos y ve al padre, pero se contiene; hace las reverencias*

del caso ante los reyes y se postra a los pies del trono. El príncipe la levanta. Entonces, Blancanieve gira sobre sus talones hacia donde está su padre y se echa a sus brazos).

BLANCANIEVE. — ¡Padre, padre querido...!

REY NUCAR. — ¡Hijita mía...!

BLANCANIEVE. — No creí volver a verte más...

REY NUCAR. — Hija, las hadas me regalan el verte y a este príncipe valeroso, (*lo señala y Enrique agradece con un gesto*) le debo la salvación de tu preciosa vida. Mi corazón está herido por la traición, pero al menos te encuentro sana y bien, y con un panorama de amor abierto hacia el porvenir.

(Todos han quedado en suspenso ante estas escenas. En ese instante entra precipitadamente el Bastonero, se acerca al rey y le dice).

BASTONERO. — Majestad, una dama, que dice ser una reina, seguida por extraños y diminutos seres, pide le concedáis audiencia.

EL REY. — Hacedla pasar, mi fiel servidor.

ESCENA V

(Entra la reina Marabella, los ojos vendados, los brazos atados por leves hilitos que transportan cada uno de los enanitos).

REY NUCAR. — ¡Qué veo?... Pero es ella..., ¡Marabella...! *(Se acerca a Marabella amenazante y la quiere sacudir de los brazos pero dos o tres damas se interponen y lo evitan).*

BLANCANIEVE. *(Al principio mira sin comprender, pero luego se recobra y llama alegremente a los enanos).*

Oh, mis amiguitos, Black, Blick, Till...

LOS ENANOS. *(Sueltan los hilitos y corren todos a rodear a Blancanieve).*

¡Oh! nuestra reina, nuestra reina, Blancanieve...!

La reina Marabella, al sentirse libre, trata de huir, pero, como está vendada no lo hará muy ligero. El rey Núcar se interpone).

REY NUCAR. — No, no ingrata Majestad. *(Encarándose con Marabella).* Teneis antes que darme cuenta del tesoro que dejé en vuestras manos.

MARABELLA. *(Sorprendida).* — ¡Qué voz oigo?

¿En qué país estoy? ¿Es la voz del rey Núcar la que escucho? Soltadme de una vez enanos traidores, soy una reina! (*altanera*) soy una reina! soltadme, o me librarán mis guardias y os haré destrozár por mis lebreles...

BLANCANIEVE. (*Acercándose, serena al padre y quita la venda de los ojos de Marabella*). — ¡Reina Marabella!... (*Mil aspavientos de sorpresa de la reina*).

PRÍNCIPE. (*Avanzando espada en mano*). — Quitaos Blancanieve, yo tomaré vuestra venganza.

BLANCANIEVE. — ¡No! ¡no! calmaos todos. Que la paz y el bien imperen en rededor nuestro. (*Dirigiéndose a Marabella*). Reina: vuestro egoísmo me hirió de muerte, pero el corazón bondadoso de estos enanitos me salvó; me engañasteis de nuevo hundiendo una peineta en mi sien, pero el amor guió los pasos de este príncipe valeroso que conquistó para siempre mi corazón...

REY NACAR. (*Sacando su espada al oír las denuncias de Blancanieve y arremetiendo contra la reina*). — Muera la infame, traidora...!

BLANCANIEVE. — ¡No, no!

MARABELLA. — Sí, sí, hacedme matar, pronto, rápido arrojadme a los lobos y acabad con mi vergüenza...

BLANCANIEVE. (*Sigue conteniendo suavemente a su padre*). — Que sea siempre la bondad y la paz en vuestra alma, es lo que ruego, y os perdono Marabella...

MARABELLA. — ¡Me perdonáis...! (*Cae de rodillas a los pies de Blancanieve*).

BLANCANIEVE. — Sin duda y no os quiero mal por que veo que estáis arrepentida. (*Al rey*). Envainad vuestro acero padre mío y en mi nombre y en el de este príncipe a quien amo, perdonadla.

REY NUCAR. (*Extendiendo la mano a Marabella*). — Alzad...

PRINCIPE. (*A los reyes sus padres*). — Ya véis padres míos, que la mayor belleza de Blancanieve es su bondad, pues más bella que su rostro, es su alma.

(Se acerca a Blancanieve, la toma de la mano con recogimiento y arrobó, avanza a primer plano y con énfasis creciente recita, mientras todos hacen cortejo y se inclinan reverentes).

Su belleza dulce y buena se prodiga
Como el oro en los trigales
Y la rosa en los rosales.
Es su carne nieve y seda,
Brilla el oro en su cabello,
Mas sobre su rostro bello
Brilla su alma...!

TELON.





